

Fragmento

**El Peregrino de Compostela**

Paulo Coelho



*El*  
*Peregrino de Compostela*  
PAULO COELHO

TRADUCCIÓN DE HINDA KATIA SCHUMER

Propiedad de  
Editorial Planeta

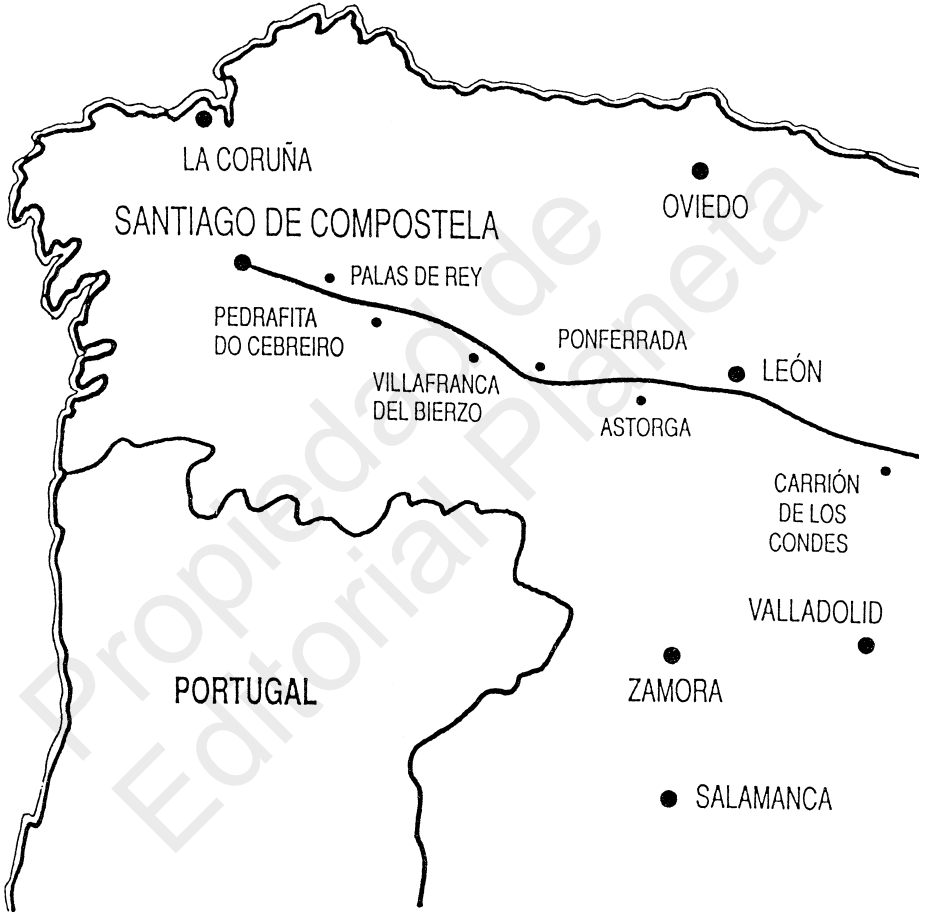
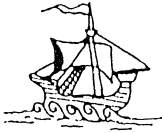
Oh, María, sin pecado concebida,  
ruega por nosotros que recurrimos a Ti. Amén.

Propiedad de  
Editorial Planeta

Ellos dijeron: «Señor, aquí hay dos espadas.»  
Él les dijo: «Basta.»

LUCAS 22, 38

Propiedad de  
Editorial Planeta



LA CORUÑA

SANTIAGO DE COMPOSTELA

OVIEDO

• PALAS DE REY

• PEDRAFITA  
DO CEBREIRO

• VILLAFRANCA  
DEL BIERZO

• PONTERRADA

• ASTORGA

• LEÓN

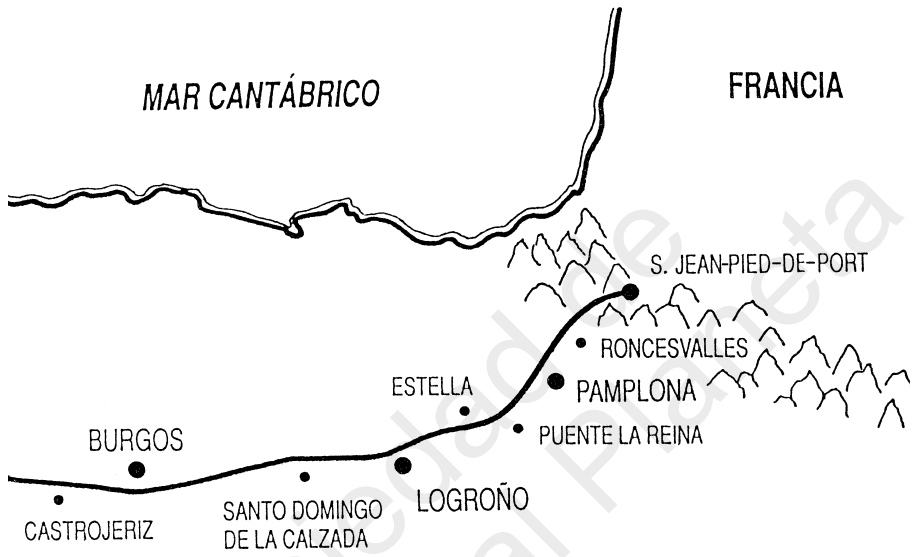
• CARRIÓN  
DE LOS  
CONDES

• VALLADOLID

PORTUGAL

• ZAMORA

• SALAMANCA



Cuando comenzamos la peregrinación, pensé que se plasmaba uno de los sueños más grandes de mi juventud. Tú eras para mí el brujo Don Juan, y yo revivía la saga de Castaneda en busca de lo extraordinario.

Pero resististe bravamente a todas mis tentativas de transformarte en héroe. Esto hizo muy difícil nuestra relación, hasta que comprendí que lo Extraordinario reside en el Camino de las Personas Comunes. Hoy en día esta comprensión es lo más precioso que poseo en mi vida; me permite hacer cualquier cosa y me acompañará siempre.

Por esta comprensión —que ahora trato de compartir con otros—, te dedico este libro a ti, Petrus.

EL AUTOR

—¡Y que, delante de la Faz Sagrada de RAM, toques con tus manos la Palabra de Vida y recibas tanta fuerza que te transformes en testigo de ella hasta los confines de la Tierra!

El Maestro levantó en alto mi nueva espada, manteniéndola dentro de la vaina. Las llamas de la hoguera crepitaron como favorable presagio, indicando que el ritual debía proseguir. Entonces me curvé hasta el suelo y, con las manos desnudas, comencé a cavar la tierra delante de mí.

Era la noche del 2 de enero de 1986. Estábamos en lo alto de las montañas de la Serra do Mar, cerca de la formación conocida como Agulhas Negras. Además de mi Maestro y yo, estaban también mi mujer, un discípulo mío, un guía local y un representante de la gran fraternidad que congregaba las órdenes esotéricas de todo el mundo y que era conocida por el nombre de Tradición. Los cinco, incluido el guía, que ya había sido prevenido de lo que sucedería, estaban participando de mi ordenación como Maestro de la Orden de RAM.

Terminé de excavar en el suelo un agujero profundo. Con toda solemnidad toqué la tierra pronunciando las palabras rituales. Mi mujer, entonces, se aproximó y me entregó la espada que yo había utilizado durante más de diez años y que



me había ayudado tanto en centenares de Obras Mágicas durante aquella época. Deposité la espada en el agujero que había hecho. Después, tiré tierra encima y aplané de nuevo el terreno. Mientras hacía esto, recordaba las pruebas por las que había pasado, las cosas que había conocido y los fenómenos que era capaz de provocar simplemente porque tenía conmigo aquella espada tan antigua y tan amiga. Ahora ella sería devorada por la tierra. El hierro de su hoja y la madera de su empuñadura sirviendo nuevamente de alimento para el lugar de donde había sacado tanto Poder.

El Maestre se aproximó y colocó mi nueva espada delante de mí, encima del lugar donde yo había enterrado la antigua.

Entonces, todos abrieron los brazos, y el Maestre, utilizando su Poder, hizo que alrededor de nosotros se formase una especie de extraña luz que no iluminaba, pero que era visible y reflejábese en los cuerpos con un color distinto del amarillo proyectado por la hoguera. En ese momento, desenvainando su propia espada, tocó mis hombros y mi frente mientras decía:

–Por el Poder y por el Amor de RAM, yo te nombro Maestre y Caballero de la Orden, hoy y para el resto de los días de esta vida. R de Rigor, A de Amor, M de Misericordia; R de *Regnum*, A de *Agnum*, M de *Mund*. Cuando toques tu espada, que jamás quede por mucho tiempo en la vaina, porque se oxidará. Pero cuando salga de la vaina, que jamás vuelva a ella sin antes haber hecho un bien, abierto un Camino o bebido la sangre de un Enemigo.

Con la punta de su espada hirió levemente mi frente. A partir de aquel momento no era necesario permanecer más en silencio. No necesitaba esconder aquello de lo que era capaz, ni ocultar los prodigios que había aprendido a realizar en el camino de la Tradición. A partir de aquel momento era un Mago.

Extendí la mano para tomar mi nueva espada, de acero que no se destruye y de madera que la tierra no corrompe, con su empuñadura negra y roja y su vaina negra. Pero en el momento en que mis manos tocaron la vaina y me preparaba para cogerla, el Maestre dio un paso al frente y, con toda violencia, pisó mis dedos, haciéndome gritar de dolor y soltar la espada.

Le miré sin entender nada. La extraña luz había desaparecido, y el rostro del Maestre tenía ahora una apariencia fantasmagórica que las llamas de la hoguera silueteaban.

Me miró fríamente; llamó a mi mujer y le entregó la nueva espada. Después se dirigió a mí y dijo:

—¡Aleja la mano que te engaña! ¡Porque el camino de la Tradición no es el camino de unos pocos elegidos sino el camino de todos los hombres! ¡Y el Poder que piensas tener no vale nada porque no es un Poder para ser compartido con otros hombres! Deberías haber rechazado la espada. Si así lo hubieras hecho, ella te habría sido entregada porque tu corazón estaba puro. Pero en el momento sublime, como yo temía, resbalaste y caíste. Por culpa de tu avidez, tendrás que caminar nuevamente en busca de tu espada. Por culpa de tu soberbia, tendrás que buscarla entre los hombres comunes. Por culpa de tu fascinación por los prodigios, tendrás que luchar mucho por conseguir aquello que tan generosamente te habría sido entregado.

Fue como si el mundo hubiera desaparecido bajo mis pies. Continué de rodillas, atónito, sin querer pensar en nada. Puesto que ya había devuelto mi espada a la tierra, no me era posible tomarla de nuevo. Dado que la nueva no me había sido entregada, yo me hallaba de nuevo como quien comienza en aquel instante, sin poder y sin defensa. En el día de mi suprema Ordenación Celeste, la violencia de mi Maestre, pisando mis dedos, me devolvía al mundo del Odio y de la Tierra.

El guía apagó la hoguera y mi mujer vino hacia mí y me ayudó a levantarme. Ella tenía mi nueva espada en las manos, pero por las normas de la Tradición, yo jamás podría tocarla sin el permiso de mi Maestro. Bajamos en silencio por el matorral siguiendo la luz de la linterna del guía, hasta llegar a la pequeña carretera de tierra donde los coches estaban aparcados.

Nadie se despidió de mí. Mi mujer colocó la espada en el maletero del coche y accionó la llave del motor de arranque. Quedamos un largo rato en silencio, mientras ella conducía despacio evitando los socavones del camino.

—No te preocupes —me dijo, tratando de animarme un poco—. Estoy segura de que la conseguirás de nuevo.

Le pregunté qué le había dicho el Maestro.

—Me dijo tres cosas. Primero, que debería haber traído un abrigo, pues allí arriba hacía mucho más frío de lo que pensaba. Segundo, que nada de lo que pasó fue sorpresa para él. Ya ocurrió muchas veces con muchas otras personas que llegaron a donde tú llegaste. Y tercero, que tu espada te estará esperando en una hora determinada, en una fecha determinada, en algún punto del camino que tendrás que recorrer. Yo no sé la fecha ni la hora. Sólo me dijo el lugar donde debo esconderla para que tú la encuentres.

—¿Y cuál es el camino? —pregunté nervioso.

—¡Ah!, él no lo explicó muy bien. Sólo dijo que buscaras en el mapa de España una antigua ruta medieval, conocida como el Extraño Camino de Santiago.

El vista de aduanas miró detenidamente la espada que mi mujer cargaba, preguntando qué pretendía hacer con ella. Le dije que un amigo nuestro la tasaría para subastarla. La mentira dio resultado; el vista nos dio una declaración de que había entrado con la espada en el aeropuerto de Barajas, y añadió que si teníamos problemas para retirarla del país, bastaba mostrar aquel documento en la aduana.

Fuimos al despacho de la compañía de alquiler de vehículos y confirmamos la reserva de dos turismos. Tras obtener los correspondientes resguardos, fuimos juntos a comer algo en el restaurante del mismo aeropuerto antes de despedirnos.

Yo había pasado una noche sin dormir, en el avión.

–No te preocupes –dijo ella por enésima vez–. Tienes que ir hasta Francia, y en Saint-Jean-Pied-de-Port buscas a Madame Lawrence. Ella te pondrá en contacto con alguien que te conducirá por el Camino de Santiago.

–¿Y tú? –pregunté, ya sabiendo la respuesta.

–Voy hasta donde tengo que ir a dejar lo que me fue confiado. Después me quedaré en Madrid algunos días y volveré a Brasil. Soy perfectamente capaz de ocuparme de nuestros negocios tan bien como tú.

–Lo sé –respondí, queriendo eludir el tema.

Mi preocupación por los asuntos que había dejado en Brasil era enorme. Aprendí lo necesario sobre el Camino de Santiago en los quince días que siguieron después del incidente en Agulhas Negras, pero tardé casi siete meses en decidirme a abandonarlo todo y comenzar el viaje.

Y una mañana mi mujer me dijo que la hora había llegado, que la fecha se aproximaba y que, si no tomaba una decisión, debía olvidarme para siempre del camino de la Magia y de la Orden de RAM. Traté de demostrarle que el Maestre me había ordenado una tarea imposible, que no podía evadirme de la responsabilidad del trabajo diario. Ella rió y dijo que yo daba una ridícula disculpa, pues en aquellos siete meses bien poco había hecho aparte de pasar días y noches preguntándome si debía viajar o no. Y con el gesto más natural del mundo, me extendió los dos pasajes con la fecha del vuelo ya marcada.

–Es porque tú lo decidiste que estamos aquí –le dije en el bar del aeropuerto–. No sé si es correcto dejar que otra persona tome la decisión de buscar mi espada.

Mi mujer dijo que si íbamos a discutir de nuevo por esas tonterías, era preferible subir a los respectivos coches y despedirnos en seguida.

–Jamás dejarías que otra persona tomara ninguna decisión en tu vida. Vamos. Se hace tarde.

Ella se levantó, tomó su equipaje y se dirigió al establecimiento. Yo no me moví. Me quedé sentado, mirando la manera displicente como ella llevaba mi espada, pudiendo resbalar debajo de su brazo a cada momento.

Se detuvo a medio camino, volvió hasta la mesa donde yo

estaba, me dio un sonoro beso en la boca y me miró sin decir nada durante largo rato.

De repente me di cuenta de que estaba en España y de que no podía volver atrás.

Aun con la terrible certeza de que tenía muchas posibilidades de fracasar, había dado ya el primer paso. Entonces abracé a mi mujer con mucho amor, con todo el amor que sentía en aquel momento, y mientras ella estaba en mis brazos recé por todos y en todos los que creía, e imploré que me diesen fuerzas para volver con ella y con la espada.

–Bonita espada, ¿verdad? –comentó una voz femenina en la mesa de al lado, después que mi mujer se fuera.

–No te preocupes –respondió una voz de hombre–. Te compraré una exactamente igual. Aquí en España las hay en muchas tiendas de objetos turísticos.

Después de conducir durante una hora, el cansancio acumulado durante la noche anterior comenzó a hacerse sentir. Además, el calor de agosto era tan intenso que, aunque fuésemos por una carretera de poco tránsito, era inevitable que el coche mostrara signos de recalentamiento. Resolví detenerme brevemente en un pueblo donde los carteles de la carretera anunciaban un monumento nacional. Mientras subía la cuesta que me llevaría allí, comencé a repasar una vez más todo lo que había aprendido sobre el Camino de Santiago.

De igual modo que la tradición musulmana exige que todo fiel haga por lo menos una vez en su vida el camino que hizo Mahoma de La Meca a Medina, el primer milenio del cristianismo conoció tres rutas consideradas sagradas y que daban una

serie de bendiciones e indulgencias a quien hiciese alguna de ellas. La primera ruta conducía hasta la sepultura de san Pedro en Roma; sus caminantes tenían por símbolo una cruz y eran llamados *romeros*. La segunda ruta conducía hasta el Santo Sepulcro de Cristo en Jerusalén, y los que hacían este camino eran llamados *palmeros* porque tenían como símbolo las palmas con que Cristo fue saludado con ocasión de su entrada en la ciudad. Finalmente, existía un tercer camino, un camino que conducía hasta los restos mortales del Apóstol Santiago, enterrados en un lugar de la península Ibérica, donde, en determinada noche, un pastor había visto una estrella brillante sobre un campo. La leyenda cuenta que, no sólo Santiago, sino la propia Virgen María, estuvieron allí inmediatamente después de la muerte de Cristo, llevando la palabra del Evangelio y exhortando a los pueblos a convertirse. El lugar quedó conocido como Compostela —el camino de la estrella— y luego surgió una ciudad que atrajo a viajeros del resto del mundo cristiano. A estos viandantes que caminaban por la tercera ruta sagrada les fue dado el nombre de *peregrinos*, y pasaron a tener como símbolo una concha.

En su época áurea, en el siglo xiv, la Vía Láctea (porque en la noche los peregrinos se orientaban por esta galaxia) llegó a ser recorrida todos los años por más de un millón de personas procedentes de todos los rincones de Europa. Hasta hoy, místicos, religiosos e investigadores hacen todavía a pie los setecientos kilómetros que separan la ciudad francesa de Saint-Jean-Pied-de-Port de la catedral de Santiago de Compostela en España.<sup>1</sup> Gracias al sacerdote francés Aymeric Picaud, que

1. El Camino de Santiago en territorio francés estaba marcado por varias rutas que se unían en la localidad española llamada Puente la Reina. La pequeña ciudad de Saint-Jean-Pied-de-Port está localizada en una de estas rutas, que no es la única ni la más importante.

peregrinó hasta Compostela en 1123, la ruta seguida hoy por los peregrinos es exactamente la misma que recorrieron Carlomagno, san Francisco de Asís, Isabel de Castilla y, más recientemente, el papa Juan XXIII, entre otros.

Picaud escribió cinco libros sobre su experiencia, presentados como trabajo del papa Calixto II –devoto de Santiago– y conocido más tarde como el *Codex Calixtinus*. En el libro V del *Codex Calixtinus*, «Liber Sancti Jacobi», Picaud enumera las marcas naturales: fuentes, hospitales, refugios y ciudades que se extendían a lo largo del camino. Basada en anotaciones de Picaud, una sociedad –Les amis de Saint-Jacques (Santiago es *Jacques*, en francés; *James* en inglés; *Giacomo* en italiano; *Jacobo* en latín)– se encarga de mantener las marcas naturales y orientar a los peregrinos.

Alrededor del siglo XII, la nación española comenzó a aprovechar la mística de Santiago en su lucha contra los moros que habían invadido la Península. Varias órdenes militares fueron creadas a lo largo del Camino, y las cenizas del Apóstol se tornaron en poderoso talismán espiritual para combatir a los musulmanes que decían tener consigo un brazo de Mahoma.

Acabada la Reconquista, sin embargo, las órdenes militares ostentaban tal poder que comenzaron a amenazar al Estado, obligando a los Reyes Católicos a intervenir directamente, para evitar que estas órdenes se levantaran contra la nobleza. Debido a esto, el Camino fue cayendo en el olvido poco a poco, y a no ser por manifestaciones artísticas esporádicas, como *La Vía Láctea*, de Luis Buñuel, o *Caminante*, de Juan Manuel Serrat, rara vez se recuerda que por allí pasaron millares de personas que más tarde irían a poblar el Nuevo Mundo.



El pueblo adonde llegué en coche estaba totalmente desierto. Después de mucho buscar encontré una pequeña venta adosada a una vieja casa de estilo medieval. El dueño –que no quitaba la vista de un programa de televisión– me avisó que aquella hora era la de la siesta y que yo debía de estar loco para viajar por la carretera con tanto calor.

Pedí un refresco, traté de mirar un poco la televisión, pero no conseguí concentrarme en nada. Pensaba solamente en que dentro de dos días iría a revivir, en pleno siglo xx, un poco de la gran aventura humana que trajo a Ulises de Troya, anduvo con don Quijote de la Mancha, llevó a Dante y Orfeo a los infiernos y a Cristóbal Colón hasta las Américas: la aventura de viajar en dirección a lo Desconocido.

Cuando entré de nuevo en mi coche ya estaba un poco más tranquilo. Aun cuando no descubriese mi espada, la peregrinación por el Camino de Santiago haría que al final me descubriese a mí mismo.